

PEDRO VIRGILI, CIRUJANO DE LA ARMADA (1)

Antonio OROZCO ACUAVIVA
Catedrático de Historia de la Medicina
Universidad de Cádiz

Hace trescientos años nació en una aldea de Tarragona (2) un hombre que resultó singular para el progreso de la Cirugía ilustrada española y para el Cuerpo de Sanidad de la Armada, Pere Virgili Bellver.

Con este motivo en el presente año han tenido lugar una serie de actos conmemorativos, en primer lugar en su pueblo natal, Vilallonga del Camp, donde se le ha erigido una estatua y se ha formado un pequeño museo; en el Hospital de Sant Pau i Santa Tecla de Tarragona; en el Colegio Oficial de Farmacéuticos de Tarragona; en la facultad de Barcelona y en la facultad de Medicina de Cádiz, en donde se han pronunciado diversas conferencias. En algunas de ellas he tenido el honor de participar (3).

Pero yo creo que si Pedro Virgili pudiese expresar cuál de todos estos actos conmemorativos organizados en el trescientos aniversario de su nacimiento consideraría más importante, creo sinceramente que no dudaría en responder: «El que esta mañana estoy recibiendo en el Cuartel General de la Armada, porque me lo está otorgando nada menos que la Armada Española». Porque en su época pensar que la Armada fuese a tributarle honores o distinciones a un cirujano naval era estar totalmente loco. Él había vivido la época en que los cirujanos eran unos «extraños» en los buques y que, como la marinería entonces, vestían de paisano y malvivían mezclados con las gentes de leva e incluso se les castigaba físicamente (4).

(1) Conferencia pronunciada en el Salón de Actos del Cuartel General de la Armada (Madrid), el 29 de noviembre de 1999, presidido el acto por el almirante jefe del Estado Mayor de la Armada, en el «CCC Aniversario del nacimiento del Cirujano Mayor de la Armada Don Pedro Virgili (1699-1999)». En la presente edición se conserva el texto original, adicionado con las llamadas aclaratorias.

(2) Vilallonga del Camp. Fue bautizado en la parroquia de San Martín el 15 de febrero de 1699.

(3) Mi participación en los diferentes ciclos de conferencias ha sido, en Vilallonga del Camp, el 10 de abril de 1999: «Virgili y Cádiz». Posterior a la conferencia en Madrid, en la facultad de Medicina de Cádiz, el 10 de diciembre de 1999, «Pedro Virgili entre Cádiz y América».

(4) El cirujano mayor Juan Lacomba hubo de denunciar al intendente Patiño, el 10 de noviembre de 1734, el tratamiento afrentoso que recibían algunos cirujanos por parte de los comandantes de los navíos, como sucedió en el navío *Princesa*, en que un cirujano fue atado a un cañón, se le desnudó y le dieron doscientos azotes por haber herido a un artillero de mar que requería a un ayudante de cirujano «para alguna torpeza»; o en el navío *Santa Teresa*, cuyo comandante abofeteó a un cirujano. Es cierto que Patiño contesta: «Que por ningún caso se pueda resultar deshonor a su persona o empleo... que se ponga preso al comandante en el Arsenal del Puente por 15 días... que los cirujanos deben estar comprendidos en la plana mayor... y que el general don Gabriel Veres de Alderete no debió practicar semejantes demostraciones». Pero es un testimonio de la situación de los cirujanos en la época. Arch. Simancas. Secretaría Marina, leg. 226.

Sin embargo, pocos años antes de fallecer se le arrasarían los ojos de lágrimas al ver descender de los buques de la Armada, en el puerto de Barcelona, a los jóvenes cirujanos de Cádiz luciendo su recién autorizado uniforme de cirujano y formando, efectivamente, parte de la plana mayor del buque (5). Aunque fuera su discípulo Francisco Canivell quien conseguiría en 1771 el uso de uniforme, esto era una larga pretensión que él a su vez había heredado de su maestro Juan Lacomba. Por ello, recibir un homenaje público, nacional, de la Armada, en la Corte... ¡Oh, Dios mío, qué honor!

Pero los tiempos han cambiado. Durante muchos años me he dedicado, preferentemente, a estudiar o dirigir estudios sobre los cirujanos navales españoles, sobre sus actuaciones en expediciones famosas como la de Malaspina y Bustamante y Guerra, sobre sus actuaciones en Indias y Filipinas (6), etc. Espontáneamente la Armada me lo ha querido agradecer otorgándome esta cruz que hoy creo obligado lucirla en señal de respeto y reconocimiento.

Como también debo de expresar públicamente mi agradecimiento al general de división de Sanidad de la Armada Excmo. Sr. D. Juan Martínez Muñoz por invitarme a participar en este acto, otorgado, en cierto aspecto, a un hombre de guerra, pero que sus batallas no fueron contra los enemigos, sino contra el dolor, contra la enfermedad y contra la muerte, fuere cual fuere su edad, sexo, color o lengua: Pedro Virgili.

La importancia de la labor de Pedro Virgili no se puede comprender suficientemente si no se relaciona con la situación científica y social del mundo que le tocó vivir.

Recordemos que el gran auge científico y médico-quirúrgico que España poseía desde el Renacimiento se había perdido casi totalmente a la entrada del siglo XVIII. Desde oscuros rincones de España habían surgido antaño figuras tan señeras como desde Amusco, en la provincia de Palencia, Juan Valverde, que asombró al mundo con su anatomía humana escrita en Roma; o como desde Fregenal de la Sierra, en Badajoz, Francisco de Arceo, que había escrito

(5) La concesión de uso de uniforme de la Armada a los colegiales y cirujanos navales había sido denegada en 1763 y en 1770, pero el 2 de agosto de 1771 se aprobó gracias a la gestión del vicedirector Francisco Canivell «por ser los únicos de la Plana Mayor que se hallan sin este distintivo». (AGS, Secr. Marina, leg. 226; transcrito por CLAVIJO, Salvador: *Historia del Cuerpo de Sanidad de la Armada*. San Fernando, 1925, p. 189.)

(6) Entre otras: «Origen de la medicina naval española». *An. Real Acad. Med. Cádiz*, XIV (1978), 2, pp. 3-15; «Historia de una enfermedad de los navegantes: el escorbuto». *An. Real Acad. Med. Cádiz*, XV (1979), 1, pp. 9-27; «Los cirujanos navales en Hispanoamérica». *I Jornadas Hist. de la Med. Hispanoamericana*. Cádiz, 1989, pp. 277-286; «El tema alimenticio en la Expedición de Jorge Juan y Antonio de Ulloa a la América Meridional». *Actas I Jorn. Nac. de Hist. Militar*. Sevilla, 1993, pp. 275-282; «Aspectos médicos en los viajes a América de Jorge Juan y Antonio de Ulloa», en *Ciencia, Medicina y Sociedad en la España Ilustrada*. Valladolid, 1990, pp. 39-59; «Los cirujanos navales en la Expedición Malaspina». *La Expedición Malaspina (1789-1794)*, Cádiz, pp. 113-127; «Los "Avisos a los navegantes sobre la conservación de su salud" (c. 1794) de Pedro María González (1764-1838)». *Malaspina'92*. Cádiz, 1994, pp. 89-114; «La "ración del marinero" en la marina española ilustrada». *Malaspina y Bustamante '94*. Cádiz-Santander, 1994, pp. 59-71; «Antonio de Ulloa, un ilustrado curioso». *II Centenario de don Antonio de Ulloa*. Sevilla, 1995, pp. 241-255, etc.

el primer tratado de Cirugía plástica que se publica en Europa, que su amigo Arias Montano le imprime en Amberes. De esta grey de «cirujanos latinos», que habían cursado Artes, tres años de Medicina y dos de Cirugía, habían surgido las figuras ilustres de nuestro Renacimiento, a la mayor altura de Europa, como Andrés Alcázar, Dionisio Daza Chacón, Juan Calvo, Bartolomé Hidalgo de Agüero, Luis Mercado, Francisco Díaz, Francisco Hernández, etcétera.

Pero, desgraciadamente, una nefasta pragmática de Felipe II, de 22 de noviembre de 1559 (7), hundió a la cultura científica española durante siglo y medio. Decía textualmente: «Mandamos que de aquí adelante ninguno de nuestros súbditos y naturales, de cualquier estado, condición y calidad que sean; eclesiásticos o seculares, frailes ni clérigos, ni otros algunos, no puedan ir ni salir de estos reinos a estudiar, ni enseñar, ni aprender, ni a estar ni residir en universidades o estudios ni colegios fuera de estos reinos...». Y a los que ya estaban fuera se les concede para regresar cuatro meses «bajo pena de destierro perpetuo y pérdida de sus bienes...». Al mismo tiempo se publica el primer índice de libros prohibidos y expurgados.

En España sólo quedan, por tanto, «cirujanos romancistas», formados gremialmente, de aprendiz, sin estudios algunos, junto a un maestro barberocirujano durante tres años, agrupados en cofradías, y sin más prueba que el examen de reválida ante el venal Real Tribunal del Protomedicato. Su ejemplo más excelso nos lo ha mostrado Cervantes en «Maese Nicolás», el barberocirujano del *Quijote*. Pero les estaba prohibido ejercer la Medicina.

Por otra parte, en España, como en toda Europa desde el siglo XIII, los médicos se formaban con cuatro años de estudios meramente teóricos en una facultad universitaria, más dos años de práctica junto a médico revalidado y el preceptivo examen de reválida ante el Tribunal del Protomedicato. También les estaba prohibido explícitamente el ejercicio de la Cirugía.

Esto explica por qué Felipe V se ve obligado a traerse de Francia e Italia a cirujanos de cámara y para sus ejércitos, como Blas Beaumont, Jean Massoneau, Honorate Michelett, Claude Burlet, Guisepe Cervi, Thomas Duchesnay, etcétera, que todos conocemos con sus nombres ya castellanizados (8).

¿Y cuál era la situación en la Armada? (9). Al crearse la Armada española no existía cuerpo sanitario. En el mejor de los casos iba a bordo un cirujano-sangrador, habitualmente un simple aprendiz (un «barberote») y en la mayoría de los buques un bien intencionado hermano de San Juan de Dios, lego en Medicina y Cirugía. Incluso cuando en la capitana de las armadas iba un ciru-

(7) Cf. GRANJEL, Luis S.: *La medicina española renacentista*. Edic. Univers. Salamanca, 1980, p. 13.

(8) Cf. RIERA, Juan: *Cirugía española ilustrada y su comunicación con Europa*. Universidad de Valladolid. Valladolid, 1976.

(9) Aunque últimamente se han publicado dos tratados sobre esta materia, NOVO LÓPEZ, José E.: *Evolución histórica de la medicina naval*. Univ. Complutense. Madrid, 1989 y GRACIAS RIVAS, Manuel: *La Sanidad naval española*. Bazán, 1995, sigue siendo insuperable el texto de CLAVIJO CLAVIJO, Salvador: *Historia del Cuerpo de Sanidad de la Armada*. San Fernando, 1925, y sus otros escritos.

jano revalidado, el cofre de los medicamentos estaba en manos del capellán, por aquella antigua disposición de que los cirujanos no estaban autorizados para usar remedios internos.

Esta trágica situación, que tantas pérdidas humanas causaba, se comenzó a modificar cuando el milanés José Patiño se hizo cargo en 1717 de la Superintendencia de la Armada, y dada la importancia que el puerto de Cádiz toma con el traslado a él de la Casa de Contratación de Sevilla, la creación de la Real Academia de Caballeros Guardias Marinas, etc., considera que el Hospital Real de Marina no puede seguir en manos de los hermanos de San Juan de Dios y sustituye al director del hospital, fray Ambrosio Guiveville, por el cirujano francés Jean Le Combe, que había venido en 1714 con las tropas de Felipe V (10).

El buen entendimiento entre Patiño y Lacomba inicia una estructuración de la Cirugía de la Armada, que iba a resultar difícil porque afectaba a muchos intereses. En el hospital existían salas de «medicina» al cargo de médicos revalidados y asimismo salas de «cirugía» que estaban al cargo del cirujano mayor y sus ayudantes, pero el control de los cirujanos, barberotes, etc., que embarcaban en los navíos lo ostentaba el protomédico de la Armada.

La estrategia inicial fue que mediante una real cédula de 1720, refrendada en 1728, el examen para embarcar lo realiza el propio director del hospital, y no el protomédico (11). Ya se encargaría el director que los incultos «barberotes» fuesen siendo sustituidos progresivamente por nuevos cirujanos formados por él mismo, en un nuevo «Colegio de Practicantes de Cirugía» que comienza a funcionar en el hospital de Cádiz en 1728. Pero para ello necesita rodearse de buenos cirujanos experimentados y a ser posible que hubiesen trabajado en hospitales extranjeros. Uno de ellos será Pedro Virgili.

La figura de Pedro Virgili ha estado oscurecida durante mucho tiempo. Ello puede ser debido a diversas causas: en primer lugar su astuta estrategia para conferir una preparación médica a sus alumnos de Cirugía le provocó el enfrentamiento del protomedicato y de las universidades (12); por otro lado, la

(10) Jean Le Combe y Pandrino (c. 1680-1748) era natural «de la villa de la Guardia, provincia de Lemorgues (Francia)». (Testamento. Protocolos, t. 2.169, ff. 26-27. Arch. Hist. Prov. Cádiz.) Agradezco al doctor Cabrera Alfonso esta noticia. Sobre su relación con la Armada, aparte de los textos citados, *vid.* CLAVIJO, Salvador: «El Primer Cirujano Mayor de la Armada, D. Juan Lacomba en el segundo centenario de su muerte». *Revista General Marina*, 1949, pp. 559-571.

(11) Así se expresa en las Ordenanzas de 1728, artículo 7: «Ningún Cirujano primero ni segundo será admitido en la Marina sin que primero sea examinado y aprobado por el Cirujano Mayor, y lo mismo se entenderá con Ayudante de Cirujano Mayor y los sangradores y barberos» (*Reales Órdenes y Decretos*, t. I, p. 14. Arch. Fac. Med. Cádiz).

(12) Sobre el enfrentamiento de competencias entre el protomédico y el cirujano mayor, Lacomba los tuvo con el protomédico Juan Sánchez Bernal en 1737 y Virgili con el protomédico Diego Porcell en 1756. En ambos casos se le concedió la razón al cirujano mayor. Al primero se le decía que deje libremente (al cirujano) «en lo que es de su institución», y a Porcell «que se observe la práctica que se ha seguido desde el establecimiento de ese Colegio de Cirugía, sin que por pretexto alguno se haga novedad en este asunto». (Cf. FERRER, Diego: *Pedro Virgili*. Barcelona, 1963, pp. 71 y 243.)

primacía que con él adquieren en España los cirujanos navales le va a acarrear denuncias y enemistades de los cirujanos de los regimientos, etcétera (13), y no podemos silenciar que evidentemente su nepotismo, al ir colocando en los lugares más destacados de la Cirugía naval a sus parientes Roland, Nájera, Beau, Nueve Iglesias, etcétera, le creó antipatías (14). Posiblemente también influirían las envidias que debía de promover su encumbramiento en la Corte, alcanzando incluso título de nobleza, siendo de humilde origen, un simple campesino carente de títulos universitarios, ya que era un mero cirujano romancista (15), pero que se ganó la confianza del marqués de la Ensenada y la amistad de Jorge Juan y Antonio de Ulloa... y que, significativamente, como todos ellos acabó postergado y murió olvidado.

Sea por estas circunstancias o por el hecho de que sólo se le conozca una breve comunicación impresa, publicada, eso sí, en las *Memoires de la Academie de Chirurgie* de París (16), los historiadores silencian su figura durante muchas décadas: Sólo su pariente Lorenzo Nueve Iglesias le hace un recuerdo biográfico en la oración fúnebre del funeral que se celebró en Cádiz (17) cuando falleció en Barcelona en 1776.

Luego, silencio hasta que Chinchilla en 1846 y Hernández Morejón en 1852 lo citan brevemente en sus respectivas *Historias de la Medicina Española* (18). Sólo a fin de siglo, en 1893, Luis Comenge aborda su primera biografía, a petición del Ayuntamiento de Barcelona, con motivo de incluirlo en su

(13) Recuérdese la denuncia del cirujano mayor del regimiento de Soria Antonio Aloy contra Virgili (*Reales Órdenes y Decretos*, ff. 416 y ss.) Para las quejas de la cofradía de San Cosme y San Damián, cf. OROZCO ACUAVIVA, A., y ANTÓN SOLÉ, P.: «La Hermandad de San Cosme y San Damián y su Capilla en el Convento de las Descalzas de Cádiz». *An. Real Acad. Med. Cádiz*, XVIII, 2, pp. 147-153.

(14) Vid. MASSON, José María: «El nepotismo de Pere Virgili». *Rev. Real Acad. Med. Catalunya*, VII, 3 (1992), pp. 161-174.

(15) ALBIOL MOLNÉ, Rafael: *Pere Virgili (1699-1776)*. Fundación Uriach. Barcelona, 1938. (1998).

(16) «Observat. communiquée à l'Academie par M. Virgili Chirurgien Mayor de l'Hôpital du Roy à Cadix sur une Bronchotomie fai avec succès». *Memoire de l'Academie Royale du Chirurgie*. París, t. I, pp. 581-583.

(17) *Oración fúnebre que en las solemnes exequias que celebró el Cuerpo de Cirujanos de la Real Armada en la Iglesia de RR.PP. carmelitas descalzos de la ciudad de Cádiz el día 12 de octubre de 1776 a la memoria de Don Pedro Virgili, Cirujano de Cámara de su Mag., Fundador y Director de sus Reales Colegios en Cádiz y Barcelona, dijo Don Lorenzo Nueve Iglesias, presbítero, natural de dicha ciudad...*

(18) En el siglo XIX lo citan TORRES AMAT, Félix: *Memorias para ayudar a formar un Diccionario Crítico de los escritores catalanes y dar alguna idea de la antigua y moderna literatura de Cataluña*. Impr. Verdager. Barcelona, 1836, p. 672, y BOVER DE ROSELLÓ, José María: *Memoria biográfica de los mallorquines que se han distinguido en la antigua y moderna literatura*. Impr. Pascual Guasp. Palma, pp. 482-483 (de esta última obra tomó su equivocado apunte la *Enciclopedia Espasa*, haciendo mallorquín a Virgili, que aún no ha corregido). CHINCHILLA, Anastasio: *Análisis histórico de la Medicina en general biográfico-bibliográfico de la española en particular*. Impr. J. Matheu. Valencia, 1846, t. III, pp. 419-420; HERNÁNDEZ MOREJÓN, Antonio: *Historia bibliográfica de la medicina española*. Impr. J. Rodríguez. Madrid, 1852, t. VII, pp. 125-128.

Galería de Catalanes Ilustres (19). Nuevamente setenta años de olvido, hasta que el profesor don Diego Ferrer, inspirado por la *Historia de la Sanidad de la Armada* del coronel Salvador Clavijo, decide escribir una nueva biografía de Virgili, que publica el Colegio de Médicos de Barcelona en 1963 (20). A partir de este momento y hasta la actualidad se han realizado numerosos estudios sobre el Real Colegio de Cádiz y del de Barcelona o directamente sobre el propio Virgili, como la reciente biografía de Rafael Albiol, todo lo cual ha ido ampliando el conocimiento de su persona y de su personalidad científica, para que en estos momentos se le reconozca a nivel nacional como nunca antes había sucedido.

Pedro Virgili no cursó estudios superiores, pero aprendió latín con su tío el vicario don José Bellver Tubí y ya bastante mayor, en 1721, con 22 años de edad, inicia los tres años de aprendizaje de Cirugía con el cirujano Gabriel Riera del hospital de Tarragona. Virgili entra de cirujano en el Regimiento de Caballería de Calatrava, con plaza en el hospital del Rey de Tarragona, donde trabaja con los cirujanos franceses Pierre Sorel, que era cirujano mayor, Jean Bousquet y Jacques Lefeure y el médico, también francés, Jean Duberne, ocupado de la sala del mal gálico. En octubre de 1726 se traslada al hospital Real de Valencia, donde se le asciende a segundo cirujano y unos meses después, con el grado de cirujano mayor del Ejército, al hospital Militar de Algeciras, al sitio de Gibraltar. Unos ascensos tan rápidos evidencian una clara inteligencia y una gran capacidad de trabajo y de sacrificio.

Al llegar a Algeciras se encuentra con el cirujano mayor de la Armada Juan Lacomba, que ve en él un buen profesor para su incipiente colegio de practicantes de Cirugía, si acepta las tres duras condiciones que, al parecer, le exige: primero pasarse a la Armada, para lo cual ha de perder categoría y sueldo; en segundo lugar perfeccionar sus conocimientos durante algún tiempo en el extranjero; y en tercer lugar realizar algunas travesías a Indias, sin lo cual nunca podría ascender en el cuerpo.

Virgili acepta, y con el cargo de primer cirujano ingresa en 1728 en la Armada y en el hospital de Marina de Cádiz, donde el doctor Gregorio de Condomina, de Montpellier, comenzará al año siguiente la enseñanza anatómica en el anfiteatro que se está construyendo a la entrada del hospital (21).

En marzo de 1729 hace su primera travesía ultramarina en la flota del teniente general marqués de Mari a la Habana y Veracruz. A su regreso en agosto de 1730 Lacomba lo envía a Sevilla, a la Regia Sociedad, para hacer unas demostraciones públicas anatómicas (22). En octubre de 1730 embarca de Barcelona a Liorna con la escuadra para ocupar los estados de Parma y Tosca-

(19) COMENGE, Luis: *Apuntes para la biografía de Pedro Virgili*. Impr. Henrich y Cía. Barcelona, 1893.

(20) FERRER, Diego: *Biografía de Pedro Virgili, fundador. Restaurador de la cirugía en España*. Col. Médicos. Barcelona, 1963.

(21) OROZCO ACUAVIVA, Antonio: «Pedro Virgili y el Hospital Real de Cádiz». *Medicina e Historia*, número 63, 1976.

(22) HERMOSILLA MOLINA, Antonio: *Cien años de medicina sevillana*. Dip. Prov. Sevilla, 1970, p. 145.

na a favor del príncipe Don Carlos, regresando en octubre, ya con el grado de ayudante de cirujano mayor. En esta campaña debió coincidir con Zenón de Somodevilla, entonces contador del Departamento de Cartagena, pero al que, posiblemente conocería en Cádiz en 1728 cuando era comisario de Marina.

Un viaje afortunado para sus posteriores aspiraciones va a ser el que inicia en mayo de 1732, también a las órdenes de don Francisco Cornejo, ahora como «capitán sanitario» de la flota para la reconquista de Orán. En la capitana *San Felipe* vuelve a coincidir con el futuro marqués de la Ensenada. En esta expedición también coincide con Jorge Juan, con el que desde entonces le unió una estrecha amistad (23).

A su regreso, Lacomba le tiene preparada una pensión para perfeccionarse en el conocimiento de la Anatomía y Cirugía, en París, junto con el famoso Le Cat, para donde saldrá en septiembre y permanecerá durante un año. Cuando regresa a Cádiz en noviembre de 1733 se va a producir un acontecimiento importante en su vida: va a conocer a una joven gaditana, Juana Magdalena Roland Cathalin, de padres franceses vecindados en Cádiz, con quien contrae matrimonio el 27 de octubre de 1734 (24). Pero sólo pueden estar juntos unos meses, porque en julio de 1735 sale para América con la escuadra del general López Pintado. Al llegar a Canarias se enterará que su esposa ha tenido una niña, pero no la conocerá hasta su regreso, cuando la pequeña Francisca cuenta ya dos años de edad.

Quiriendo igualarse en número de flotas a los otros ayudantes de cirujano mayor, solicita otra campaña a Indias, que sale siete meses más tarde, en junio de 1738, con el general José Pizarro. Un año más tarde regresa a Guarnizo, donde Lacomba, que ya está enfermo, lo reclama encarecidamente para el hospital de Cádiz, pero el ministro no lo acepta y le obliga a realizar un cuarto viaje a América con el general Rodrigo de Torres, que va a socorrer a la escuadra del almirante Blas de Lezo. Pero esta campaña se va a dilatar durante seis años, ya que hasta marzo de 1745 no puede regresar a su plaza en el hospital de Cádiz. Lacomba, que se encuentra muy envejecido y enfermo, reitera ser sustituido por Virgili, pero hasta noviembre de 1747 no se le concede su sustitución interina.

Diestramente dirigido por Lacomba ha adquirido Virgili los conocimientos y la experiencia necesaria para culminar su obra de transformar el primitivo Colegio de Practicantes de Cirugía de 1728 en un colegio superior de cirujanos navales, aunque ya las fuerzas del cirujano francés están acabadas y, en efecto, fallecerá en diciembre de 1748.

Pero es que si el conseguir el Real Colegio de Cádiz ya fuera importante, como lo será luego la creación del Real Colegio de Barcelona, lo que hace inmensa la figura de Virgili, y no se ha insistido lo suficiente porque no se refleja claramente en los documentos, es que si Lacomba quería dignificar a los

(23) A petición de Virgili, Jorge Juan facilitó desde Londres varios instrumentos científicos para el laboratorio de Física Experimental del colegio.

(24) En el Oratorio de San Felipe Neri. Ella cuenta 21 años de edad y él 35 (Libro 2.º matrimonios secretos, f. 145. Parroquia Santa Cruz, Cádiz).

cirujanos, Virgili produjo una verdadera revolución en la enseñanza de la Cirugía y de la Medicina, de trascendencia no solo nacional, sino incluso internacional.

Y esto no se podía reflejar en los documentos porque se hizo, evidentemente, en contra de las leyes del Reino, aunque con conocimiento del marqués de la Ensenada y con la aprobación de Fernando VI. Porque la experiencia les ha enseñando a los cirujanos navales que la mayor parte de las muertes que se producen en las navegaciones no son en combates ni por traumatismos, sino por enfermedades. Pero era impensable que los escasos médicos universitarios existentes entonces se embarcasen. Sólo quedaba el recurso de enseñarles *medicina* a los *cirujanos*, lo cual no era legal. Sin embargo, un tímido intento se comienza a hacer en 1737, cuando se le concede una gratificación al médico del hospital de Cádiz y al boticario «para que enseñen su facultad» a los practicantes colegiales... Pero ni los médicos ni boticarios del hospital eran catedráticos de universidad, ni éstas podrían permitirlo, de enterarse, ni los practicantes tenían los preceptivos cursos previos de Artes o Filosofía (25).

El asunto es delicado y en marzo de 1747, como cirujano mayor en funciones, se traslada Virgili a Madrid para elaborar con el marqués de la Ensenada las ordenanzas del nuevo colegio de Cádiz. Pero se encuentra que el primer cirujano de cámara, el francés Tomás Duchesney se le ha adelantado y ha propuesto la creación de un «Colegio de Profesores Cirujanos» en Madrid —sólo de cirujanos, que como en toda Europa estaban separados de los médicos— tomando como modelo la reciente Royal Academie de Chirurgie que en París acaba de fundar La Peyronie: en efecto, en noviembre de 1747 se autori-

(25) Hace años elaboré esta teoría para explicar las «peculiaridades» del plan de estudios del Real Colegio de Cádiz y la importancia de los temas «médicos» en el mismo («El "Compendio de Medicina Práctica" de José Selvaresa del Real Colegio de Cirugía de Cádiz». *Actas XVII Congr. Intern. Hist. de la Med.* Barcelona (1980), t. I, pp. 387-393; «La enseñanza de la Botánica en el Real Colegio de Cirugía de Cádiz». *An. Real Acad. Med. Cádiz*, XXIV (1988), 1, pp. 87-102; «El modelo de enseñanza en el Real Colegio de Cirugía de Cádiz en el siglo XVIII». *Gades*, 18 (1988), pp. 87-108, lo que ha sido confirmado en las numerosas tesinas de licenciatura y tesis doctorales dirigidas últimamente: MÁRQUEZ ESPINÓS, C.: *Catálogo de las «Observaciones» manuscritas del Real Colegio de Cirugía de Cádiz. (1742-1828)*. Universidad de Cádiz. Cádiz, 1983; CABRERA ALFONSO, J. R.: *La producción bibliográfica de los Reales Colegios de Cirugía de Cádiz, Barcelona y Madrid*. Univ. de Cádiz. Cádiz, 1984; MUÑOZ DE LA PASCUA, E.: *La patología de la generación en las observaciones manuscritas del Real Colegio de Cirugía de Cádiz*. Tesis doctoral (1984); GARCÍA CURADO, L.: *La patología venérea en las observaciones manuscritas del Real Colegio de Cirugía de la Armada de Cádiz*. Tesis doctoral (1984); CABRERA ALFONSO, J. R.: *Evolución histórica de la escuela anatómica gaditana (1748-1844)*. Tesis doctoral (1985); LÓPEZ DE CÓZAR, J. L.: *La aportación del Real Colegio de Cirugía de Cádiz al desarrollo de la Urología española en la segunda mitad del siglo XVIII*. Tesis doctoral (1988); VIDAL GALACHE, B.: *El Hospital de San José de San Fernando en los siglos XVIII y XIX y sus relaciones con el Real Colegio de Cirugía de Cádiz*. Tesis doctoral (1989); CÓZAR NAVARRO, L.: *La patología infantil a través de las observaciones del Real Colegio de Cirugía de Cádiz*. Tesis doctoral (1991); MANZANO MARTÍN, M. V.: *La Materia Médica y las Farmacopeas de embarco en el Real Colegio de Cirugía de Cádiz (1742-1789)*. Tesis doctoral (1991); GESTIDO DEL OLMO, M. R.: *Los fondos bibliográficos humanísticos del Real Colegio de Cirugía de Cádiz*. Univ. de Cádiz. Cádiz, 1992. No hacemos referencia a las publicaciones menores a que han dado lugar estos estudios.

za con el nombre de Real Colegio de San Fernando, en el hospital general de Madrid. Virgili se da cuenta de que este colegio va a fracasar porque cuenta con la hostilidad del Real Tribunal del Protomedicato y de la cofradía de San Cosme y San Damián y, en efecto, al poco tiempo el Colegio de San Fernando desaparecerá totalmente (26).

Por ello, insiste Virgili en el Colegio de Cádiz, y exclusivamente dependiente de la Marina. En 29 de mayo de 1748 eleva al marqués un memorial en donde manifiesta que, sucediendo en las navegaciones accidentes tanto de Medicina como de Cirugía, estos cirujanos deberían tener «formación en Medicina y en farmacia» y, como en los hospitales suele haber practicantes de Medicina, que los médicos del hospital tomen para estos cargos a los propios colegiales, que son muchachos de quince o dieciséis años que no pueden ir a la universidad porque no han estudiado Filosofía, sólo se les exige saber «leer, escribir y contar», pero a diferencia de las universidades, donde no se realizaban exámenes, estos colegiales tendrán que sufrir un examen anual de todas las materias cursadas y su actuación no solo será en los buques de guerra, sino también en los mercantes y en los puertos, «especialmente en los de América, donde —dice—, faltan facultativos...».

Pese a estas evidentes arbitrariedades legales, el marqués de la Ensenada informa favorablemente el proyecto, insistiendo por su parte en la necesidad de crear tres «Academias» en España, una en Madrid en su hospital general «pues es vergüenza —dice— que una Corte como la de España carezca de lo que no falta en ninguna de Europa, cuando debía ser su Academia Seminario de Cirujanos para las Provincias, Ejército y navíos». (Ya sabemos que pese a estos pronunciamientos y concesiones posteriores no se pudo realizar hasta cuarenta años más tarde, el Colegio de San Carlos.) Pero añade el marqués que harían falta dos «Academias» más, «semejantes a las famosas de París y Montpellier y que el Hospital de Cádiz es el único hábil para ésto, sólo dándole una nueva Ordenanza fácil de hacer y observarse, porque sus Cirujanos principales han trabajado en Montpellier y en París y hacer el corto aumento de tal cual semi-cátedra...». Se ve que no quiere decir cátedras, para evitar la inmediata reacción de las universidades.

La elección de Cádiz no puede ser más idónea: carece de universidad, la más próxima, la de Sevilla, está demasiado lejos y el Real Tribunal del Protomedicato ya no tiene competencia en Marina, no sólo por la disposición de 1720, sino por la refrendada por Felipe V en las Ordenanzas de 1728, según las cuales los exámenes de los cirujanos navales son competencia del cirujano mayor. Por su parte, la cofradía local de San Cosme y San Damián, cuyos derechos se vulneran, tiene poca relevancia y protestará, como en efecto lo hizo, pero, en Cádiz, frente al capitán general de la Mar Océana ¿quién iba en serio a enfrentarse?

(26) Las primeras noticias sobre este frustrado colegio se encuentran en RIERA, Juan: *Anatomía y Cirugías españolas en el siglo XVIII (Notas y escrituras)*. Valladolid, 1952, y en NÚÑEZ OLARTE, Juan Manuel: «El Hospital General de Madrid y el Real Colegio de San Fernando (1749-1768)». *Asclepio*, XLI (1989), 1, pp. 233-242.

Las Ordenanzas del Colegio de Cádiz las firma el Monarca el 11 de noviembre de 1748, y aunque lógicamente se llama «Colegio de Cirugía» se confirma en ellas que los médicos y el inspector de Farmacia «enseñen toda su facultad» a los colegiales, lo cual se verá también reflejado en los planes de estudios cuando veamos asignaturas no propias de cirujanos, como «Botánica» o «Materia Médica», o incluso se autorice un jardín botánico, lo que evidencia que se van a formar «médicos» bajo el nombre de «cirujanos», no sólo para los buques de guerra, sino también para los buques mercantes (27) y para la población civil, como lo demuestra, por ejemplo, la asignatura de «Partos, enfermedades de las mujeres y de los niños»... ¿Desde cuándo van mujeres y niños en los buques de guerra? Incluso, de forma ya totalmente abierta, se cursa «Medicina Interna y Aforismos». A los aspirantes no se le exige el título de bachiller en Artes, como en las universidades, pero pronto se les pedirá que «sepan latín», porque todas las semanas tendrán un ejercicio clínico en lengua latina. A los mejores de la primera promoción se les envía durante los cuatro años reglamentarios a la universidad de Leyden, para que cursen Medicina, y de allí pasan dos años a Bolonia para adquirir el grado de doctor en Medicina, de forma que al reincorporarse al hospital ya poseen el título de cirujano, de médico y de doctor, y serán los próximos maestros del colegio... aunque las leyes sigan señalando que no se puede ser al mismo tiempo médico y cirujano. Pero ellos pueden pensar que en los barcos sí, porque en los barcos no manda el Protomedicato, sino la Armada. Lo que sucede es que en la práctica lo extienden también a los buques mercantes y de pasajes y a los puertos de América y a los de España. Cuando esto trascienda las reacciones contra Virgili, como ya hemos comentado, van a llegar hasta los tribunales pero, afortunadamente, Virgili está amparado por el marqués de la Ensenada.

La cuestión es que no sólo progresa en este colegio la enseñanza quirúrgica, basada en un conocimiento anatómico real y en una gran experiencia hospitalaria —los colegiales vivían internos en el hospital— sino que la enseñanza de los estudios propiamente médicos eran en el colegio infinitamente superiores a los que ofrecían entonces las universidades españolas, como nos ha dejado descrito José Celestino Mutis (28), que fue colegial de la primera promoción, pero que luego estudió Medicina en la universidad de Sevilla. Incluso en el Colegio se cursaban materias que aún no habían entrado en la universidad española, como la Física Experimental o la Química... La preocu-

(27) En los estatutos aprobados por Fernando VI en 1748 se especifica que «están obligados los Capitanes de los Navíos Mercantes a elegir precisamente uno de tres Cirujanos segundos o colegiales que le proponga con la formalidad debida el Cirujano Mayor, dándoles el salario y goce que están reglados por S. M. en la Casa de Contratación, pero con absoluta prohibición de que puedan echar mano de otro alguno que no sea de la crianza de Marina y propuesto en dicha forma».

(28) OROZCO ACUAVIVA, Antonio: «La formación médica de José Celestino Mutis (1732-1808)». *An. Real Acad. Med. Cádiz*, XVIII (1982), 1, pp. 67-81; *Idem*: «Un punto oscuro en la biografía de Mutis: sus estudios médico-quirúrgicos». *An. Real Acad. Nac. de Med.*, núm. extraor. 1996, pp. 29-43.

pación por la biblioteca (29) y por los laboratorios es permanente en Virgili y en sus sucesores.

Todo ello explica el alto renombre que pronto alcanza este colegio. En 1757 el Rey le concede la potestad para conferir títulos de bachiller en Artes (Filosofía), algo insólito pues es una capacidad que sólo poseían, y siguen poseyendo, las universidades.

Todo esto, y más que por brevedad eludimos, hace que Virgili sea nombrado cirujano de cámara y tenga que trasladarse a la Corte, en donde se le indica que ha llegado el momento de crear otro nuevo colegio, en esta ocasión para formar cirujanos para el Ejército. Astutamente Virgili elude de nuevo Madrid, pues aún debe recordar el fracaso de su antecesor en el cargo, Duchesnay, y propone Barcelona, posiblemente por dos razones: porque tampoco tiene universidad —Felipe V la había trasladado a Cervera— y porque contaría con la ayuda del capitán general del Principado, pues el secretario de Estado y de Guerra, Ricardo Wall, lo apoyaba desde Madrid. Pero la reacción de Barcelona contra el proyecto fue tremenda, de forma que en 1760 se firmaron las Ordenanzas del Real Colegio de Cirugía de Barcelona, pero así como el de Cádiz empezó a funcionar desde el primer día, el de Barcelona no se pudo inaugurar hasta 1764, y sin hospital propio, porque todo eran inconvenientes. Incluso ya funcionando, el general tuvo que enviar tropas al colegio para defender a los colegiales de los estudiantes de la universidad de Gervera, que pretendían que esas enseñanzas fuesen para ellos y no para los cirujanos (30).

Virgili alcanzó, gracias a su tesón, el ver funcionando y dirigir su segundo Real Colegio, el de Barcelona, pero su estrella ya había decaído. Desterrado inicualemente su protector, Ensenada, y él mismo jubilado prematuramente de su cargo de cirujano de cámara, su capacidad de gestión había terminado. Por eso, cuando se pensó en 1763 que se crease una cátedra de Anatomía en el Hospital Real de Indios de México, Virgili se apresuró a informar favorablemente, solicitando que se constituyese un colegio similar a los de Cádiz y Barcelona. La idea fue parcialmente aceptada, porque solo se le autorizó a nombrar como directores a un cirujano mayor y un ayudante, para los que propuso a los colegiales de Cádiz Andrés Montaner y Antonio Moreno, que se encontraron con la oposición del Protomedicato de Nueva España, que se negaba primero a reconocer estos cargos y, luego, a aceptar el reglamento del colegio, similar al de Cádiz, según el cual los colegiales deberían ser examinados por sus maestros y no por el Protomedicato.

Ausente Virgili por la enfermedad que lo llevaría a la tumba en 1776, Carlos III manda consultar nada menos que con el fiscal del Real Protomedicato de Madrid, el cual confirma en todo la opinión del tribunal de Nuevo

(29) OROZCO ACUAVIVA, Antonio: «Una biblioteca singular en el Cádiz de Carlos III», en *El reinado de Carlos III*. Aula Militar de Cultura. Gobierno Militar. Cádiz, 1988, pp. 101-115; GESTIDO DEL OLMO, M.^a del Rosario: *Una biblioteca ilustrada gaditana. Los fondos bibliográficos humanísticos del Real Colegio de Cirugía de la Armada*. Univ. de Cádiz. Cádiz, 1994.

(30) USANDIZAGA SORALUCE, Manuel: *Historia del Real Colegio de Cirugía de Barcelona (1760-1834)*. Inst. Municipal de Historia. Barcelona, 1964.

México. En consecuencia, el Real Colegio de México, como es sabido, nunca llegó a pasar de ser una mera escuela de Anatomía, mal dotada, regida por el Protomedicato novohispano (31).

Igual sucedió con su previsible cuarto colegio, el de Madrid, en cuya gestión en 1768 Virgili intervino, junto con Perchet, para que fuese también similar a los de Cádiz y Barcelona, y proponiendo para su dirección a sus antiguos colegas, de Cádiz, Antonio Gimbernat y Mariano Ribas. No pudo ver concluida esta obra porque ya conocemos las continuas y tremendas dificultades que fueron encontrando ambos, hasta que veinte años después, en 1787, pudieran comenzarse las clases en un mal sótano del hospital, puesto que el suntuoso proyecto arquitectónico de Sabatini, del Colegio de San Carlos, no estaba aún ultimado (32). Pero ya Virgili había dejado este mundo de intrigas e ingratitudes.

Tampoco pudo ver Virgili la culminación de su proyecto docente, porque la incorporación oficial de la Medicina con la Cirugía no tuvo lugar hasta 1791, en que se constituyó el Colegio de Cádiz, por breve tiempo, en «Real Colegio de Medicina y Cirugía», porque al volver a tomar el Protomedicato el poder en tiempos de Fernando VII volvieron a separarse ambos estudios, hasta que Pedro Clastelló, en 1826, los unió definitivamente, cuando ya en toda Europa se había copiado «el modelo de Cádiz».

Sus discípulos lo siguieron venerando. Su imagen se conservó en sendos bustos de mármol, en Cádiz y en Barcelona; pero su recuerdo histórico se fue perdiendo, como hemos señalado. Aparte de inteligente gestor, Virgili fue buen clínico, con sorprendentes conocimientos no solo anatómicos, sino embriológicos, como se aprecia en sus observaciones manuscritas presentadas en la Asamblea Amistosa Literaria de Jorge Juan, en Cádiz (33). Pero desgraciadamente nunca dejó textos impresos, aunque incitó permanentemente a sus ayudantes para que escribiesen libros de textos para los colegiales.

Hoy creo que se le hace justicia en el seno de la institución que él más apreció, la Armada, y a la que entregó sus mejores años y esfuerzos, y que en compensación también más se benefició de sus desvelos e innovaciones.

En nombre de sus descendientes del Colegio de Cadiz, muchas gracias.

(31) FERRER, Diego: «Andrés Montaner y Virgili y la fundación del Real Colegio de Cirugía de Méjico (1768)». *Actas II Congr. Esp. Hist. de la Med.* Salamanca, t. II, pp. 179-198; CABRERA ALFONSO, Juan Rafael: «La Academia de Anatomía Práctica de México». *Anales II Jornadas Hist. de la Med. Hispanoamericana*. Univ. de Cádiz. Cádiz, 1989, pp. 67-75.

(32) Sobre el dificultoso origen del Colegio de San Carlos, cf. USANDIZAGA, Manuel: *Historia del Real Colegio de Cirugía de San Carlos de Madrid (1787-1828)*. CSIC. Madrid, 1948; APARICIO SIMÓN, José: *Historia del Real Colegio de San Carlos de Madrid*. Aguilar. Madrid, 1956 y BURKE, Michael E.: *The Royal College of San Carlos. Surgery and Spanish Medical Reform in the Eighteenth Century*. Univ. Press. Durkam, N.C., 1977.

(33) OROZCO ACUAVIVA, Antonio: «Nuevos datos para el conocimiento de la Urología en la obra de Pedro Virgili (1699-1776)». *An. Real Acad. Med. y Cir. Cádiz*, XVIII (1982), 1, pp. 21-47 y en la obra en prensa de OROZCO ACUAVIVA, Antonio: *Los cirujanos navales en la Asamblea Amistosa Literaria de Jorge Juan*. Fundación Uriach. Cádiz, 2000.